

José Santos Chocano

(Lima, 14 de mayo 1875 - Santiago de Chile, 13, diciembre 1934)

POR LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

Si uno atendiera a los datos e interpretaciones que Chocano da sobre si mismo en sus *Memorias*, habría que admitir la vigencia del destino y de una fatalidad poética. Nada de lo que hizo o dijo fué del todo exacto, pero nada fué tampoco enteramente falso. Vivió en y de una atmósfera suya, poética, edificada sobre muros de fantasía y realidad. Como lo diría en su lema: "O encuentro camino o me lo abro". Así fué su vida. "*Vida y arte*", según otro consigna que debió convertirse en título de un libro nunca publicado bajo tal rótulo. Arte y vida variables, contradictorios: ya lo había dicho él también: "En mi arte caben todas las escuelas como en un rayo de luz todos los colores". Aspiró a ser ecuménico, a ser jefe de su propia escuela sin abrazar ninguna en definitiva. Pensaba de si como un abanderado del destino. De ahí que sus errores cronológicos, que tanto enfadan a sus biógrafos, carezcan de importancia. En un poema ("*Intima*") insinúa como fecha de su nacimiento, 1879, ("Cuando nací, la guerra/ llegaba hasta la sierra/ más alla de mi tierra . . ."); pero en otro poema, ("*Elegía Marcial*"), evocando la augusta sombra de su padre rectifica con precisión el dato y da la misma fecha de su partida de nacimiento. Hecho sin importancia en si : la tiene con síntomas de un procedimiento mental.

A juzgar por las primicias poéticas publicadas por el hijo mayor del poeta (1941), Chocano comenzó a escribir versos desde los 11 años. Ya eran sus ídolos Bécquer, Lord Byron, Víctor Hugo, Manuel González Prada y Salvador Díaz-Mirón. No se apartaría del todo, de estos cánones.

A los 18 años, Chocano, afirmativo, arrogante, imponente, ejerce ya jefatura indudable sobre todos los jóvenes escritores del Perú. A los 19 le tentará la política e irá a purgar su curiosidad en una fétida celda submarina en las Casasmatas del Callao. Le amenazarán con la muerte, y, aunque sufrió intensos terrores, dejará escrito su nombre "sobre la cal del muro" y hará versos resallantes. Como triunfa el bando civil, que él defendía, sobre el militarismo, a los 20 lo tenemos de director de una casa editora, de una revista adulta y pronunciando un discurso representativo, "el de la Revolución" (1895). En 1896 publica la revista "*La Neblina*", es jefe de escuela y lanza dos libros: "*En la aldea*" e "*Iras santos*", a la sique sigue "*Azahares*": el primero vendrá impreso en tinta azul, el segundo en roja. Por estos meros principios se verá que Chocano aún no acierta a definir su camino; desde luego él lo tiene, para sí, enteramente determinado. La arrogancia y la ilusión frútecen en audaz optimismo (1).

Es entonces cuando Darío publica, primero, "*Los Raros*" y, después, "*Prosas Profanas*". Chocano comenta con cierta acerbicia aquel. Ni son tan raros como dice el título, ni hay por qué someterse a lo europeo. Ya rumia la idea de que lo americano tiene su propia categoría estética. ¿Por qué no ponerla en práctica? Rubén lee el comentario en "*La Neblina*", y al enviar a su cófrade limeño el libro de las definiciones, le inserta un comentario: ... Y canté tres veces gallo ... La alusión no escapa a la sensibilidad de Chocano. Retruca con hermosa dignidad: "A mi no me canta ningún gallo y menos los franceses". Podrá decirse lo que se quiere Chocano. Retruca con hermosa dignidad: "A mi no me canta en la poesía de América, en su paisaje, en su historia, en su peculiaridad. No fué asunto de cálculo. Era esencial.

Hagamos el recuento de su vida literaria en pocas líneas: 1901, "*Poesías completas*" (Maucci), con prólogo de González-Prada; 1904, "*Los Cantos del Pacífico*" (Bouret), primera antología de paso: premio de poesía en 1899 por "El Canto del siglo" y por "La epopeya del Morro", poemas de que sólo quedarán girones cuando llegue la hora de la selección); en 1906, "*Alma América*"

(1) No quisiéramos repetir ni nuestro prólogo a "*Obras Completas*" de Chocano publicadas por la ed. M. Aguilar, México, ni nuestro artículo "*Ocaso y apogeo de J. S. Ch.*", México. Cuad. amer., 1955, por eso suprimimos estos detalles.

(Pueyo), su consagración; en 1908, la antología más cerrada, "Fiat Lux" (Ollendorf, Pueyo). No habrá, luego, sino labor dispersa y planes. "Ayacucho y los Andes" (Lima, Berrio, 1925) pertenece a la órbita de los conatos. En 1934 lanza "Primicias de Oro de Indias" (Chile, ed. Siglo XX). Después de su muerte, aparecen sin correcciones: "Memorias", "El Alma de Voltaire", "Oro de Indias" (4vols.), "Poemas del amor doliente" (Nacimiento). Como entretiempo, "Las dictaduras organizadas" (Lima, La Opinión Nacional, 1924), "El Crimen de Leticia" (Santiago de Chile, 1933). Hay hasta tres dramas de Chocano, uno de edición retirada hecha por Pueyo: "Los Conquistadores". Otro inédito; y un tercero publicado por mí en "Obras Completas".

Ahora, podemos hacer la revisión de su vida pública, un poco compleja: diplomático en Centroamérica y Colombia (1901-1905), España (1906-8) entregado a su albedrío en Cuba, Puerto Rico, Guatemala, México (1908-1915); afincado en Guatemala (hasta 1920); en Perú (1921-25); un crimen de tipo ideológico (1925) y la cárcel (hasta 1927); emigración a Chile, desde 1928 hasta 1934 en que cayó asesinado a puñaladas por un loco.

Dejemos en paz su vida sentimental. Se casó tres veces sin perfeccionar su divorcio ninguna.

Era un sibarita. Para su defensa: sirvió a autócratas, jamás a oligarquías. Ganó todo el dinero que pudo para gastárselo entero. Fué acusado por delitos comunes (estafa, homicidio). Se exageró en su daño.

Chocano surgió en un escenario huérfano. Adquirió, por eso tono y aire magistrales. Desde la adolescencia usó el énfasis como escudo. Su atmósfera se llamaba "publicidad". Tenía ambición de ser, lo cual redujo su capacidad de expresar. Cuando ya empezaba la poesía castellana a abandonar la enumeración, él se hizo de ella, whitmanianamente. Más tarde escribiría aquello de "Walt Whitman tiene el norte, pero yo tengo el sur": mediaba 1908.

A Chocano le sacó de su narcicismo ciudadano la visión de la selva del Perú. Aquella magnitud calzaba con su propia íntima hipérbole. Escribió el poema "El Derrumbe", luego trocado en "El derrumbamiento". A él pertenecen metáforas inolvidables, como, por ejemplo, la de comparar al tren que penetra por los túneles, taladrando la cordillera, con "una aguja que cosiera montes". O la de ver en dos cumbres, a un monje "en la actitud de una oración cristiana". Mucho malo se ha dicho del poeta, no de sus me-

táforas, y hasta las han querido olvidar. Pero, él con terquedad de iluminado, seguía aventándolas a la ineptia de sus enemigos: al hablar del asesinato del conquistador Pizarro, sentencia: "que quien tomó la vida por asalto/ sólo puso morir de una estocada". Pero, el Chocano metafórico desatado, se llama a reposo después de 1910. Sería útil explicarse por qué.

Claro: hay varias facetas en Chocano. A la primera etapa, dejando de lado los versos encendidos y lapidarios de los cantos semi-épicos, pertenecen las evocaciones líricas. Esa sensación del enamorado que ronda la casa de su adorada, fallecida (él ausente) un mes atrás, tiene indudable fuerza poética: "treinta noches estuve (siento horror todavía)/ treinta noches haciéndole el amor a una muerta".

De todo el volumen de "Azahares" conservará, a la postre, el recuerdo de la inspiradora y dos versos, utilizados en la "Ofrenda" de "Alma América": "Que un anillo de oro hecho pedazos/ ya no es anillo, pero siempre es oro".

«Cuando ganó los premios literarios con "El Canto del siglo" y "La epopeya del Morro", estos poemas eran largos: del primero desapareció todo; del segundo se conservaron 500 y tantos versos de un total de 1600 y tantos. Igualmente, "El derrumbamiento" sufrió una reducción a un tercio.

La leyenda del Chocano insensible a sus propios defectos, locuaz, facundioso, no puede aplicarse al vate de hasta los cuarenta años. Después no tuvo tiempo de pulir, salvo en "Primicias de Oro de Indias", donde depura buena parte de su libro "Puerto Rico lírico" (San Juan, 1914), tan ignorado como necesario para conocer al poeta.

La acción perjudica al rimador, sin duda. No era posible otra manera. Chocano no sabía sino de hacer. Tenía ansia de poderío. Su estrofa es exacta:

Debí yo haber nacido no esta edad sin gloria,
sino en un tiempo heroico que nunca volverá . . .

La añoranza de ese tiempo persigna toda su poesía.

Y de no ser Poeta, tal vez yo habría sido
un blanco aventurero o un indio emperador.

De ello provienen las miserias del bardo. Imperioso, enemigo de la sugestión, del medio tono. Había amanecido el matiz: Cho-

cano seguía ebrio de violentos colores. ¿Cómo acompañarse con el presente?

Llegó a pensar, después de largo examen, que si algún temperamento hugoniano hubo en América, lo fué, mucho más que el de Díaz Mirón, el del poeta del Perú. La antítesis le obsesiona. Al comienzo y al fin de su carrera, en prosa y en verso, la antítesis y la comparación pormenorizada serán sus vías expresivas. Hay hombres que viven en asceta, y otros en héroe, y otros en estatua, y otros en César. Eso es lo que, parece, llaman personalidad o idiosincracia. Además, hay circunstancias que favorecen tal o cual desarrollo del individuo. En el de Chocano se juntaron varias condiciones: él imperialicio o cesariano; el medio, de reciente descubrimiento del lujo, ebrio de sensualidad, de poder, de optimismo. América insurge entonces, al menos estéticamente, en la literatura universal. Esa insurgencia alienta a la de sus intérpretes. Se identifican con ella. No la abandonarán. Hasta los más humildes (Nervo, por ejemplo) serán individualistas. Su fe cristiana se resentirá de su esteticismo. Pero ¿he de repetir aquí los argumentos de otro libro no? (2).

Chocano leyó a Whitman, de quien tomó el gusto de la enumeración y los prosaicos guarismos, abusivamente tratadas por el poeta de Lima.

veinte pastores con sus cuarenta bueyes...
treinta noches estuve (siento horror todavía)...
treinta noches haciendo el amor a una muerta...

oOo

porque entonces no trece hombres,
trece pueblos pasarían esa raya...

oOo

cuarenta mil esclavos...

oOo

Sería inútil presentar más ejemplos. Pero, no obstante esta aparente precisión, lo que agobia a Chocano es, a menudo, la so-

(2) L. A. Sánchez, "Balance y liquidación del Novecientos", Santiago, Ercilla, 1940, Nva. ed. condensada y rectificada bajo el título "¿Tuvimos maestros en Nuestra América?". Buenos Aires, Raigal, 1956.

noridad (no la musicalidad). De ahí la pasión con que absorbe el modelo de José Asunción Silva, y se pone a repetir el ritmo cuaternario del ilustre suicida, como se advierte en "Fuga": "En la estepa/ desolada/" etc. La fruición con que Chocano apela a los ritornelos denuncia más que espíritu musical, tendencia discursiva. Los oradores se someten a los terminales resonante. Chocano es así. A veces consigue efectos aparentemente musicales, como en aquello de "La griega baila gravemente,/ la griega baila gravemente con monorrítmico vaivén" en que celebra a Odette Valéry, usando el encasílabo simple y duplicado, verso difícil. Pero, a Chocano le seduce sobretodo el alejandrino con los pares agudos, que es como suenan más a francés y a Hugo y a oratoria.

Fiel a sus principios juveniles, expresados, a raíz de la aparición de "Los Raros" de Darío (3) y coincidiendo con los puntos de vista de Menéndez y Pelayo, Rubio y Lluich (y en parte, de Juan Valera), cree que el arte americano comienza por ser descriptivo, destacando las originalidades del ambiente. *C'est le regne du pittoresque*, habría dicho algún crítico afrancesado, y lo fué. Pero, además, perseguía Chocano, con invencible, aunque vano afán, cincelar aquello "pintoresco" en una manera ceñida, compacta, recia. De ahí su titubeo suicida entre Whitman y Leconte de Lisle. No se ha analizado todavía las consecuencias de semejante ambivalencia. Pero, si reparamos en que Whitman se lo dice todo, arrolladoramente, como enloquecido de "cosas", y que Leconte se enloquecía de "términos" y sacrificaba la cantidad a la calidad, comprenderemos que, si llamamos parnasiaco al poeta del Perú, deberíamos de hecho, rechazar el título de whitmaniano, que tanto lo enorgullecía. O lo uno o lo otro. La hibridez en este, como en tantos casos, esteriliza.

Pero, confesemos, en 1900, nadie había soplado la trompa épica en loor a nuestro paisaje, como lo hizo Chocano. Ni los viejos coloniales Valbuena, Lavardén y Landívar, paisajistas eximios; ni los repúblicos Bello, Olmedo, Heredia (el cubano, no el francés) Flores, Lozano, Andrade, Ortíz, etc. ninguno dió en la nota precisa al referirse a nuestro escenario natural. Chocano desata las amarras que Bello atara en torno de la "Agricultura de la zona tórrida", y da lengua a las cumbres que Olmedo esculpió en plan heroico, y americaniza las fuentes patrias de Landívar, y crea, si, crea

(3) Chocano, "Memorias", Santiago, Nacimiento, 1940, p. 114.

un modo de ver hipertrofiado, un modo de hablar grandilocuo, teniendo como sujeto los paisajes de América. Porque ese es otro descubrimiento chocanescos: la pluralidad de nuestra naturaleza, de donde extraerá imágenes Eustasio Rivera llegada la hora de "*Tierra de Promisión*" (1921).

Aquella insólita pericia para sacarse paisajes de las mangas, prestidigitador de panoramas, hace que muchos piensen en la facilidad y hasta futilidad de tal espectáculo. Por otro lado, al revés, no faltaron los que miraron tal actividad como un nuevo evangelio poético. Proclamaron a Chocano "el poeta de América", en lo cual fué entusiasta Andrés González Blanco. Surgió entonces, muy a la criolla, la polémica: ¿quién era el poeta de América, Chocano o Rubén? Absurda y ficticio antagonismo, no seguido, a Dios gracias, por los supuestos contricantes intelectuales, aunque, la verdad, Rubén se dejó tentar más que Chocano por el demonio de los celos. Unos arguyeron: la América de Chocano es pura cáscara; otros, el cosmopolitismo de Darío, puro París. Como de costumbre nuestros criollos, más aún cuando son intelectuales, gozan en morderse los unos a los otros y en derribar ídolos, no por iconoclastismo sino por mera ierarcofagia: pasión inferior.

La vida arrastró a Chocano a la punible prisa y al no pulir, que es terrible escollo de todo artista. Sin embargo, "*Primicias*" revelan que la poderosa conservaba sus capacidades y que una extraña y tardía tristeza obligaba al poeta a rendir su orgullo y rendirse al peso de la ternura.

Me parece que el Chocano sobreviviente de la tragedia de Guatemala, el que vió la muerte más cara a cara (el de México la vió de soslayo); el Chocano ablandado que se enamora como un chiquillo, a sus 46, y escribe versos trémulos y hasta pueriles ("*Poemas del amor doliente*"); el de los amargos "*Nocturnos*" (ya empezados desde la permanencia en Nueva York, 1909); el de la funesta discusión sobre las dictaduras, con su humeante colofón (el homicidio de Elmore), ese Chocano casi ha roto con el de las horas triunfales y sonoras de 1906. Ha perdido ruido, estridencia, énfasis. Quisiera (y no lograrlo es su mayor tragedia), quisiera ser parco. A veces acierta. Cuando, reviviendo los sentimientos infantiles frente al indio, escribe unas cuantas "*Notas del alma indígena*", seguramente de las más altas de su obra. Lo malo está que, después del admirable éxito de la primera ("*Quien sabe, señor*"), insiste en la serialización, y convierte en tópico lo

que fuera impulso de una pureza prístina. Como sea, esos poemitas revelan la fuerza y la delicadeza, la penetración y la maestría de Chocano. Pienso que nadie ha dado tan bien la nota íntima de lo indio, claro está, a través de un temperamento criollo.

Otro poema de este estilo es "Unigénito". Recuerdan el lírico canto al padre, la transida rememoración de la madre, fallecida cuando el bardo sufría su final y más desgarrador (por voluntario) destierro.

Chocano, durante mucho tiempo, quiso competir con sus coetaneos en la originalidad de algunas composiciones. Ensayó un dodecasílabo distinto al usual; dió vida a un verso quincesilábico ("*Paisaje*") lleno de gracia; trató de instalar uno de diecisiete sílabas, basado en dos pentasílabos y un heptasílabo; rindió pleitesía al verso libre; trabajó el peánico; demostró dominio del remiso eneasílabo; hizo del endecasílabo y del modernista alejandrino sus vías naturales de expresión. Verbalizando adjetivos y sustantivos proporcionó algunas novedades a la lira castellana. Le malogró, en todo caso la abundancia.

Se advierte en la obra de Chocano un drama, que Juan Ramón Jiménez, pese a su perspicacia, no atinó a sorprender. Cuando, en el prólogo de "*Poesía cubana 1936*", habla con desdén de los "nerudones y chocaneros", no fundamenta nada. Calificando se aplaude o denosta, pero más útil sería razonar y demostrar. El drama de Chocano, según nuestro criterio, consiste en su incapacidad de admitir coparticipes, colaboradores en la emoción. Sólo él tiene el derecho de promover, orientar, fomentar, expresar y martar el asunto, la sensación, el sentimiento, la resonancia del poema. Proporciona todos los ingredientes, prevé todas las reacciones, imagina todas las posibilidades, decreta todas las irradiaciones. He ahí su talón de Aquiles. Mientras de Rubén o Nervo manan diversos elixires, de Chocano fluye un solo río marcado con su nombre. Es un diktat sensorial el suyo. Nadie se atreva a darle otro sesgo que el ordenado por el flamante demiurgo.

Cuando Chocano quiso ser autor teatral fracasó. Igual en Lima que en Madrid. Consciente de ello, retiró de la circulación el único drama que llegó a imprimir. En cambio cuando se encaró él mismo al público, obtuvo la victoria. Le befaron al comienzo, pero acabaron sometién dose a su influjo. Bastaría leer los relatos sobre su aparición en el "Ateneo" de Madrid a tributar ho-

menaje a Navarro Ledesma (4). Su seguridad, su pronunciación, su empaque, su aislamiento total del público le rodeaban de un aura profética. Aparte de eso, su verso mismo reducido a su escenario exacto, despertaba evidente entusiasmo, suscitaba una especie de marcial melancolía . . .

La mala ventura poética de Chocano depende, en gran medida, de su actitud inhumana. Empero, a esto mismo opongo mis resueltos reparos. Era hombre de amor, aunque incapaz de petrificarse ni tan siquiera en el amor. Los hijos suyos, de tres diferentes madres, coinciden en reconocer su ternura, su afabilidad, su sentido profundo de la paternidad. Las tres-mujeres le amaron con locura. (Y alguna más, allá en Madrid...). Sus amigos le defendieron con arrojo en las peores horas y valiéndose de cualquier medio. Por lo común, estos son afectos de amistad, de amor, de darse, y solo se dan así los seres humanos. Por serlo erigió la estatua de sí mismo.

Dicen que robó (me confunden con Caco, le dirá a Rubén, en una tragicómica carta desde Nueva York y hacia 1912); es seguro que mató. Pero es más seguro aún que, por soberbia, habría matado cien veces, y que, en un desapoderado afán de poderío, lo mío y lo tuyo declinaban sus límites y se mezclaban para producir un "nuestro" administrado no más que por Chocano. Tenía alma de tirano político, estético, financiero. Desde joven entona el elogio al "buen tirano" ("que cuanto más cruel, tirano, eres mejor"). Amaba el peligro. A la caída de Estrada Cabrera fué el de los pocos fieles hasta último a su amigo dictador. Lo dicen todos. La autocracia le obsesionaba, igual en Bolívar que en Pancho Villa; la oligarquía, en cambio, le irritaba: igual en Perú que en México, en España que en Chile. Se recreaba en el lujo. El dinero —hombre renacentista— le servía para lograr poder o gozo. Murió apuñaleado por un loco, en un tranvía de Santiago de Chile: ese día su hogar estaba tan pobre como siempre, pero la leyenda aseguraba que el poeta había hallado el tesoro de los jesuitas, el bolín de los piratas, las riquezas de los caciques. Había empeñado su corona, la que le obsequiara la ciudad de Lima, en 1922, el día de su semideificación oficial. El abogado Leandro

(4) Alberto Ghirardo, "El Archivo de Rubén Darío", Buenos Aires, Losada 1943, donde hay una carta de Vargas Vila a Rubén muy jugosa a ese respecto.

Santelices la redimió, a pedido de Chocano, a cambio de diez mil pesos chilenos, y la guarda en su caja de caudales. Si en vez de consagrarse a utópicas empresas financieras, hubiera concentrado su imaginación en la poesía, quién sabe qué inauditos logros habríamos recibido de él, en melodiosa trasmisión.

Mientras a Rubén le manejaron sus validos, adulones, administradores y "discípulos", Chocano manejó a multitud de secretarios, gonfaloneros, secuaces, alumnos y admiradores. Mas, en la pasividad física del uno germinaba su tremenda actividad lírica; en el estupendo dinamismo del otro se diluían sus maravillosos dones poéticos. Es por eso que, en dos momentos, al cuajar la personalidad, allá entre el 900 y el 906, y al quedar desasido de toda gloria mundana, acá entre el 28 y el 34, es cuando Chocano da lo más sentido y duradero de su arte. De los 59 años que vivió, son estos doce los de más auténtica creación.

¿Qué clase de creación? Recreación anecdótica, autobiográfica. Es lo que caracteriza a Chocano. Jamás escribió sino de sí mismo, a través de sus propias experiencias. Supersticioso y agorero, el día de su muerte, 13 de diciembre, había depositado en el correo una carta fechada el 14, para sortear la "jetta" el 13. No lo consiguió. El destino, como en un verso de César Vallejo, suele vestirse de "suertero", o, en este caso, de alucinado.

Lástima para Chocano que los tiempos posteriores a su encumbramiento renunciaran a todo énfasis, a todo aire sentencioso. Perito en expresiones lapidarias, se vio supereditado por las vagas sugerencias de los simbolistas. Allá en su juventud había escrito con impresionante rotundidad:

La tropa hambrienta, pero siempre erguida,
no implora una limosna de la suerte:
es como una avanzada de la vida
que presenta sus armas a la muerte.

¡Versos para declamación, acuñados como medallas, metálicos! Los nuevos tiempos los preferían de ala y gerundio, de estrella y lana, en antitéticos astro-prosaísmos. Chocano hasta el matiz lo convertía en color neto. Fué para América, el anti-Verlaine, desafortunadamente, cuando Verlaine triunfaba . . .

1956.

Luis Alberto Sánchez.